

CAPITULO IX

Lión.—Muerte de los girondinos.—(13 de Octubre, 8 de Noviembre 93)

La victoria salva á Robespierre de Collot y Philippeaux.—Proceso de los girondinos.—Muerte de los girondinos.—Débil efecto de la ejecución.—Muerte de madama Roland.—Muerte de Roland.

Todo el mundo esperaba con ansiedad noticias de las batallas.

Pero el más impaciente era Robespierre. Si se obtenía la victoria de Wattignies se debilitaría la victoria de Lion, pasando quizás esta como un acto imperceptible. Dubois-Grance estaba ya en camino, prisionero, llevando sus banderas.

Temeroso de lo que pudiera ocurrir, Robespierre aprovecha una ocasión para ponerse á alguna distancia de Couthon. Para defenderse del ataque al *indulgente*, ataca él á un dantonista, Juliano de Tolosa, quien logró que Hebert en la Comuna aprobase la apología sobre los girondinos de Burdeos.

«No—dijo Robespierre—no puedo hacer negocio ó cuestión de mercadería de la sangre humana como Juliano. La toma de Lion no ha satisfecho en absoluto al espíritu de los buenos ciudadanos. ¡Cuántos traidores, cuántos ladrones impunes! ¡No; es preciso que no sean negadas las víctimas y sean desenmascarados los monstruos ó que yo muera!»

Así retrocedía Robespierre abandonando á Couthon. Hebert retrocede y quema la apología de Juliano.

Hubiera sido poco digna la retirada de Robespierre si al mismo tiempo no hubiera dado otro golpe.

Un jacobino influyente, amigo de Hebert y de Carnot, desapareció en la mañana del 15, sin que nadie pudiera saber donde se hallaba.

Collot llegó por la noche á los Jacobinos tan furioso que los rospieristas pidieron una información. Se trata de Desfioux, el espía del comité de Salud pública, que vivía con un hombre más sospechoso toda-

vía, con el austriaco Proly. Habían desaparecido los dos. Collot arroja combustible á las llamas, queriendo adivinar qué misterio es el que el comité tiene tanto empeño en ocultar. Grita, gesticula, llora, ríe y dice: «Se nos hará desaparecer á todos: hoy uno, mañana otro...»

De allí marcha á la Comuna, reanudando la escena ante las tribunas conmovidas y la Asamblea del Consejo general.

Nadie sabe nada todavía. Por fin parece que Collot adivina que el autor de la desaparición es el comité de Seguridad. ¡Un individuo que ha desaparecido! ¡La inquisición! La sociedad en masa se puso en movimiento. ¡Ni en Venecia había ocurrido semejante atropello! Fué al comité de Seguridad general y le arrancó á Desfioux.

Collot el mismo día luchó contra Couthon y Robespierre. Couthon, para reconciliarse con la sociedad, pidió cuarenta jacobinos para tranquilizar á Lion.

Robespierre propone después que los cadáveres de Marat, Chalier y J. J. Rousseau yaczan juntos en el Panteón.

Después de las discusiones que hubo aquel día parecía probable que Dubois-Grancé tuviera una buena acogida. Con él llegó la víctima de los girondinos, el segundo Chalier, Gaillard, quien durante todo el sitio estuvo sumido en los calabozos.

Llegaron á París el 19, el mismo día en que Philippeaux pronunció contra Robespierre un terrible discurso por la protección que éste prestó á Ronsin y á los exaltados.

Pero el mismo día cae del cielo como enviada de la Providencia la nueva victoria.

Robespierre estaba salvado y atenuado el esfuerzo de sus enemigos para perderle. Dubois-Grancé, recibido en la Convención, no fué autorizado para hablar. En los Jacobinos, conducido por Collot, demostró mucha prudencia, justificándose sin acusar á nadie. Adula á los Jacobinos, ofreciéndoles la bandera lionesa que cogió con sus manos.

Gaillard, mostrado por Dubois como una víctima, como una reliquia, produjo grande emoción. Antes que se le dejara hablar ocurrieron mil pequeños incidentes que enfriaron la sesión. Habla finalmente, pero con extraordinaria sequedad y una brevedad desesperada. Treinta días después se suicidó.

Los Jacobinos demostraron en estas circunstancias que eran buenos políticos, menos fanatizables que lo que generalmente se creía.

Couthon, que los conocía perfectamente, mostró más serenidad que Robespierre. Neutralizó en Lion todos los anhelos de venganza. Se dedicó á organizar poco á poco los tribunales. Cuando recibió el decreto exterminador respondió con entusiasmo á la Convención, pero nada hizo en este sentido. Apenas si habían perecido algunos hombres. Couthon esperó hasta el 25 sin tomar ninguna medida contra la emigración. Más de 20.000 hombres salieron de Lion que, se encontraban en peligro de muerte y la mayor parte pobres obreros.

La muerte de los girondinos pedida desde hacía mucho tiempo era el calmante que se creyó dar para aplacar el furor de los exaltados.

Los veintidós diputados arrestados el día 2 de Junio se redujeron á doce, pues los demás se fugaron y otros murieron.

Se añadió á otros que no estaban en la Gironda.

Fouquier-Tinville por décima vez había pedido las pruebas. Se sabía que los jacobinos se habían apoderado de ellas. Por fin se encuentra un expediente, pero tan insignificante que Fouquier prescinde de él. Ningún documento se dió á los defensores anticipadamente.

No se sabía como iba París á presenciar esta hecatombe. La inmensa mayoría de las secciones eran girondinas, pero aunque no lo fueran el espíritu revolucionario terrible que entonces dormía, podía despertarse ante nuevos y atroces derramamientos de sangre. París había envejecido y los girondinos lo mismo.

Se les exhumó para matarlos.

Mujeres vestidas de hombre, armadas, llevando en la cabeza el gorro frigio, corrieron á los Mercados. Entonces se comenzó á discutir los derechos de la mujer.

La Convención termina decretando que la mujer tiene derecho á asociarse.

Tan tremenda cuestión social surge de pronto en el mar borrasco de la revolución política.

Otra cosa contrarió grandemente á los girondinos. Se comienza su proceso inmediatamente después del del diputado Perrin, condenado por especulaciones escandalosas.

La muchedumbre ve ejecutar sin conmoverse. Si los ejecutados son ladrones ó realistas ni siquiera los mira.

Realistas y girondinos fueron mezclados hábilmente.

La reina pereció el 16, los girondinos el 30, madama Roland el 8 y al día siguiente un monárquico, Bailly; el girondino Girey Dupré el 21 y poco después el realista Barnave. En Diciembre las ejecuciones de girondinos se hicieron también mezclando á Kersaint-Rabaud y Dubarry.

¡Cuánto mejor hubiera sido perecer el 2 de Junio sobre los bancos de la Convención! No hubieran subido á la guillotina después de la ruina.

Mostraron los girondinos extraordinaria virtud en sus principios. Republicanos sinceros, invariables, jamás cesaron en sus odios á los reyes. Siempre fueron fieles á la filosofía de su siglo; excepto dos, el marqués y el obispo, Fauchet y Sillery el resto eran de la religión de Voltaire y Condorcet.

Aun se pueden ver las celdas que ocuparon los girondinos, cuyos muros están llenos de inscripciones. No hay ni una sola cristiana. No hay más que una vez el nombre de Dios. Todas respiran el sentimiento del heroísmo antiguo, el genio estoico.

Vergniaud escribe:

Potius mori quam fœdari

La muerte y no el crimen.

Las memorias de Brissot, escritas en su larga prisión, atestiguan el mismo carácter.

No hay un solo hombre que no se apoye sobre el deber y derecho, sobre el sentimiento de inocencia, sobre la esperanza del progreso y de la futura dicha de los hombres. ¿Se creará que uno de aquellos, puesta la cabeza bajo la guillotina, no se preocupa más que en una cosa: la esclavitud de los negros? Indiferente á su infortunio se preocupa solo del género humano.

Los tres grandes procesos del tribunal revolucionario (los de la reina, de los girondinos y de Danton) fueron instruidos por el mismo individuo Herman, presidente del tribunal.

Era natural de Arras y amigo de Robespierre. Entre las listas de hombres á quienes se debía conceder altos cargos en primer lugar figura el de Hernan de Arras. Era un hombre de siniestra figura y dulce voz.

No fué con hipocresías en el proceso. Se vió desde el primer instante que se trataba de matar. Prescinde de las formalidades empleadas hasta entonces en el tribunal revolucionario. Nada de piezas manuscritas. Los acusadores Hebert y Chaumette, recibidos como testigos. Ninguna defensa de abogado. Muchos acusados ni siquiera pudieron hablar, cosa bien necesaria en un proceso en que los distintos procesados lo eran, atribuyéndoles á cada uno un delito distinto. Lo más curioso fué ver que los jueces estaban también condenados á muerte.

Desfieux, arrancado violentamente por el motín de los jacobinos, también quiso arrojar una piedra á estos murientes, falsificando una carta: «Eh, buen amigo, le dijo Vergniaud; si hubiésemos tenido interés en perder á alguien, no hubiese sido á tí, si no á Robespierre.»

Chabot estaba en el mismo caso, y no era cruel, pues cuando Marat fué á Robespierre á pedir favor para los girondinos se encontraba presente y dejó entrever gran interés hacia ellos. Pero Chabot moría de puro cobarde. Cuando más grueso se hacía volvíase más pusilánime. Delante de Robespierre se desvanecía.

Se entretuvo escribiendo un largo y pesado romance, en el que se ataca á todos los partidos y habla de la declaración de guerra á la Gran Bretaña.

En realidad fué Brissot quien por esta terrible declaración rompió la horrenda trama de la traición de Dumouriez, cortó las alas á su fortuna.

La declaración de guerra á todos los reyes, les fué imputada en el proceso. Esto les pertenece, y esto es su mayor timbre de gloria.

De lo demás, si eran culpables ó no, lo primero que había que hacer era separar á los que por error se habían introducido entre los girondinos.

Fontfrede y Ducos, por ejemplo, sentados á la derecha, votaban con la Montaña casi siempre. El mismo Marat defendió á Ducos el 2 de Ju-



Combate del 29 de Mayo de 1793 en Lyon.

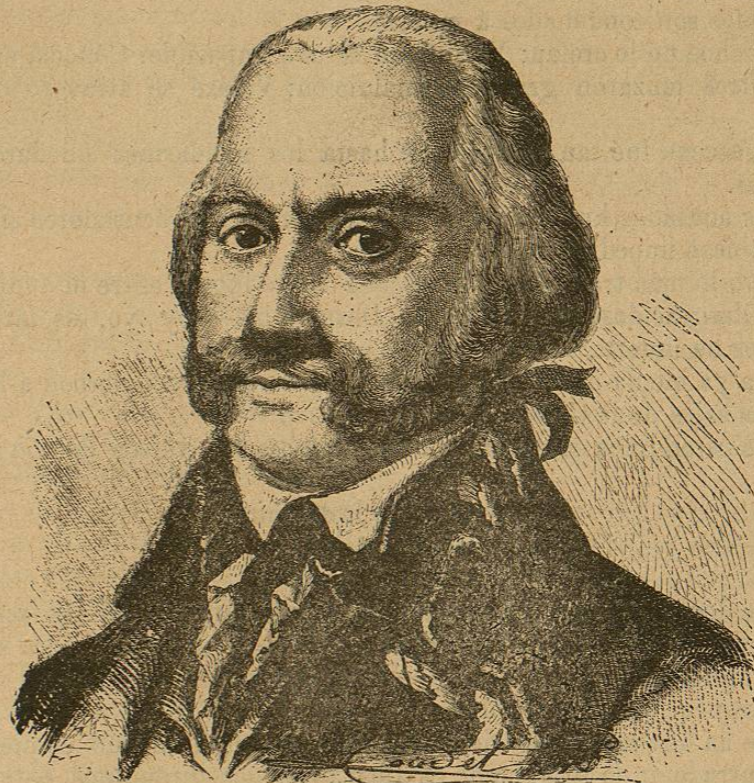
nio. Estos dos jóvenes representantes, que entonces no corrían peligro alguno, se quedaron ante los girondinos, apareciéndolo mucho más de lo que eran para defenderlos. Nadie había en la Montaña que no se interesara por ellos.

Dos nombres había aparte que no se podían confundir con la Gironda. La Francia no podía tocar á Mainvielle y Duprat que se perdieron por ella y que inspirados por su frenético patriotismo se inmolaron, se deshonraron para darle su más bella victoria, la conquista de Avignon.

¿A quienes habían tenido por aliados y amigos en esta guerra de Avignon? El alcalde de Arlés, Antonelle, era precisamente quien presidía el jurado. Antonelle, ex-marqués, obligado á ser implacable, áspero, rudo, amante sincero del terror no se turbó menos al ver entre estos

desgraciados á los dos hombres que con él rindieron á Francia tan inmenso servicio.

Duraba ya siete días el triste proceso. No se adelantaba un paso ni se sabía como continuar. El enredo que se hacía era terrible. Primero era necesario guillotinar el proceso y después guillotinar á los acusados:



LUSTINE.

Fouquier-Tinville leyó el día 20 de Octubre la ley sobre aceleración de juicios.

Herman pregunta á los jurados si están suficientemente informados. Antonelle responde negativamente.

Se quería terminar. Se corre á los Jacobinos y se obtiene una diputación para pedir á la Asamblea que decrete que al tercer día del juicio el jurado *podía decir que estaba informado y cerrar los debates*. La minuta del decreto se encontró escrita por Robespierre.

¡Cosa extraña! Un indulgente fué quien apoyó el decreto, Osselin, hombre aterrorizado y en peligro de perder su vida. Juntamente con él

vivió un emigrado á quien arrojó y después para salvarse entregó el cuchillo para rematar á los dantonistas. El mismo fué detenido algunos días después.

Herman, para evitar que hablase Gensonné, de la Gironda, que había de resumir todas las defensas, consultó á éste, al otro; hizo como que reflexionaba, empleó mil ardidés. A las ocho de la noche llega el decreto. ¿Podía aplicarse á un asunto que pertenecía á otra legislatura? ¿De dónde este efecto retroactivo?

Todos son condenados á muerte.

Muchos no lo creían; Vergniaud estuvo impasible. Conocía su destino. Otros lanzaron gritos de maldición; Valazé se atravesó el corazón.

La escena fué tan terrible que hasta los gendarmes quedaron paralizados.

Los acusados hubieran podido asesinar á sus acusadores sin que se lo hubiese impedido nadie.

Pero lo más trágico de la escena tuvo lugar entre el auditorio: «¡Ah, desgraciados—gritó Camilo Desmoulins—soy yo, es mi libro quien los ha muerto!»

Era ya media noche. El muerto y los vivos descendieron á las tenebrosas salas de la Conserjería.

Los girondinos cantaron con voz dolorosa los versos de *La Marsellesa*.

Contre nous de la tyrannie
Le *conseau* sanglant est levé

Los demás prisioneros escucharon y preguntaron. Se les respondió á gritos desde todas partes. Un amigo les envió licores para su último banquete. Los curas quisieron confesarlos. Sólo aceptaron el obispo y el marqués, Gauchet y Sillery.

Si se ha de creer á uno de estos curas, quien él mismo confiesa no haber entrado en la sala donde estaban todos los girondinos, éstos pasaron toda la noche discutiendo acerca de la religión. Para creerlo sería necesario desconocer los tiempos y el carácter de la Gironda.

¿De qué, pues, hablaron? ¡Pobres gentes! No son dignas de saberlo.

Hablaron de la Francia salvada por la gloriosa batalla que detuvo la invasión. Y en esto encontraron el consuelo de su desgracia y de sus pecados. Sin ninguna duda, si ellos hubiesen comprendido á tiempo sus errores se habrían arrepentido de haber comprometido á la unidad de la patria. Vergniaud dijo: «Yo no he escrito esas cosas más que cuando estaba traspasado de dolor.» ¡Noble y sincera confesión ante la muerte de un hombre que despreciaba la vida! Fundadores de la República, eran dignos de entrar en el templo de la inmortalidad.

El día 30 de Octubre amaneció triste y lluvioso.

El cadáver de Valazé, puesto en los mismos carros que conducían á los girondinos, colgándole la cabeza, causaba pánico.

Cuando salió el fúnebre cortejo en los carromatos de la Conserjería comenzó un coro ardiente y fuerte, una sola voz con la fuerza de veinte hombres que hizo enmudecer á la muchedumbre: «¡Allons enfants de la patrie!...»

Esta patria victoriosa sostuvo su espíritu hasta el último instante.

Fuertes en su fe, en su amistad, en su amor á la patria, ignorando sus errores, cantaron sobre los carros y continuaron cantado el himno patrio al descender. Solo la pesada masa de hierro del patíbulo pudo hacerles callar.

A medida que la guillotina iba segando cabezas, la voz palidecía. Cuando quedó solo Vergniaud se creyó la voz desfallecida de la República y de la ley, mortalmente heridas y que ya poco debían de sobrevivir.

La impresión que este hecho causó en París fué débil. Este terrible acontecimiento no excitó más que el asunto de Custine. Las muertes estoicas afectaban poco. Las masas juzgaban estas tragedias sólo desde el punto de vista de la sensibilidad.

La emoción llegó á su grado máximo el día en que fué ejecutada la más indigna de las víctimas, la señora Dubarry. Su desesperación, sus gritos, tocan una fibra sensible.

La muerte de madama Roland, justamente por su estoicismo, no llamó la atención. Esta reina de la Gironda ocupó á su vez la Conserjería cerca del calabozo de la reina. Murió noble y valerosamente, arrojando, como Vergniaud, el veneno que poseía. Quiso morir en el patíbulo. Creyó honrar á la república con su heroísmo y su firmeza ante la muerte. Joven, apenas si tenía treinta y nueve años, encantadora, era un tesoro de hermosura y de vida.

Razonadora, persuasiva, dulce, poseía un tesoro moral.

En la cárcel se divirtió escribiéndole á Robespierre. Murió el día 8 de Noviembre, un día frío que parecía hecho adrede para entristecer aun más el alma.

Cuando llegó al patíbulo se volvió hacia la gigantesca estatua de la Libertad, para decirle: «¡Oh, Libertad; cuántos crímenes han cometido en tu nombre!»

Ella hizo la gloria de su partido, la felicidad de su esposo, y sin embargo no ha contribuido poco á que su nombre se oscurezca en lo porvenir.

Cuando estuvo á punto de envenenarse escribió á su marido pidiéndole perdón por haber dispuesto de su vida durante un momento. Sabía que el único amor de Roland, la única pasión era ella. Cuando se la juzga, dice: «Roland se matará.»

Después de muerta su esposo se entrega al dolor.

Se aleja de sus amigos. Atraviesa los campos dominado por una

idea fija. Parecía hallar en las praderas, en los valles, el alma de su esposa.

Roland sacó un dardo, y apoyándolo sobre un roble se atravesó. En sus ropas se encontró un papel que decía: «Respetad los restos de un hombre virtuoso.» Hasta sus adversarios le han estimado, incluso Robert Lindet.

Al público no llama la atención el final de los Girondinos. La Gironda era un organismo caduco. El día 8 murió madama Roland, pero el 7 para sus vencedores los jacobinos, quedaba por resolver una cuestión tan desconocida para ellos, como para los Girondinos.



LIBRO XI

CAPITULO PRIMERO

La revolución política no era nada sin la revolución religiosa

Aspectos en la revolución.—Impotencia de los girondinos y jacobinos.—Cloutz y Chgumette.—Reaistros de la Comuna.—Inspiraciones humanitarias.

El fundador de los Jacobinos Adrien Duport, tuvo una frase genial. A cuantos deseaban una revolución á la inglesa les decía: «Trabajad por lo más hondo del alma.»

Saint-Just había sintetizado su opinión en la siguiente forma: «Los que hacen las revoluciones á medias se construyen sus propias tumbas »

Estas palabras no solo se aplicaban á los revolucionarios, si no á los dos partidos razonadores.

A los girondinos, á Vergniaud, á madama Roland.

A los Jacobinos, á Robespierre, á Sain-Just mismo.

Girondinos y jacobinos no fueron más que polemistas políticos, los lógicos de la Revolución, más ó menos consecuentes. Poco distanciados en sus principios forman como la escala de la revolución política.

El más avanzado, Saint-Just, no osa tocar la religión, ni la educa-